

DE CUANDO LA CEBOLLA TENÍA FESTIVAL

Los recuerdos relacionados con mi pueblo constituyen los amores primeros del alma. No se reducen solamente a ser el lugar donde nací –razón que sería, por sí sola, suficiente para amarlo-; sino que es también el sitio casi mágico que para mí constituyó, durante mucho tiempo, el amplio final de un horizonte lejano dentro de cuyos límites, como en los brazos de un Atlas afectuoso y cordial, podía caber todo el mundo.

Han pasado muchas luces y muchas sombras por los cielos playeros desde aquellas lejanas épocas en que no alcanzábamos a vislumbrar como sería nuestra historia futura, tan diferente hoy, a la que vivimos entonces, rodeada de necesidades debido a la precariedad de la economía, débilmente sostenida por el cultivo de la cebolla que se convirtió en un monocultivo que apenas si mantenía a los más pudientes y que era una tortuosa realidad para aquellos que fungían de "amedieros" de los primeros.

Las pocas tiendas de abarrotes, unas más surtidas que otras, se convertían en la red comercial inmediata que abastecía las necesidades alimentarias de los habitantes de La Playa de Belén y para suplir de vestuario, textiles y géneros, existía en la esquina del Parque Ángel Cortez (hoy Casa Municipal) el "Almacén Sofía" perteneciente a la familia Pacheco Claro. Posteriormente, fue Don Emiro Franco, impulsor también de un almacén en donde se podían adquirir mercancías de distinta índole que frecuentemente su propietario traía desde la ciudad de Bucaramanga, teniendo en cuenta las peticiones de sus clientes que el meticulosamente iba anotando en su libreta de apuntes.

Nuestras vidas trascurrían plácidamente por las tres calles y seis callejuelas bordadas de piedras multiformes, cuyo mejor adorno lo constituían algunas matas rastreras adheridas a ellas por efectos de las lluvias recurrentes. La cuadra en donde hoy funciona la Casa de Cultura, estaba dividida en dos: Del parque hacia abajo, más o menos hasta la mitad, era propiedad de la familia Pacheco Claro y la otra mitad era propiedad del municipio y en ella funcionaba por allá a mediados de los años 60, la cárcel municipal en cuya entrada se encontraba el comando policial y en su interior existía un inmenso patio a cuyo costado se ubicaban tres celdas en donde moraban los detenidos por distintos delitos. Una parte del patio estaba destinada para el funcionamiento de una inmensa planta eléctrica marca LISTER, manejada y mantenida por Moncho Velásquez, quien era el encargado de su manipulación, mediante la cual los habitantes disfrutábamos del milagro de la

luz, entre las 6 y 9 de la noche, exceptuando algunas festividades, cuya licencia se extendía a unas horas más. Pasados algunos años y quizás debido a las necesidades de espacio y reacomodamiento administrativo del municipio, se construyeron en la mitad del lote, hacia la Calle de Belén, las instalaciones de la Alcaldía Municipal, la cárcel un poco más pequeña, un salón grande para las reuniones ordinarias del Concejo Municipal y en la parte adyacente a la Calle del medio, se levantó lo que posteriormente se conocería como “CASETA LA ARENOSA”, en torno a la cual giraría todo lo relacionado a los espectáculos públicos que se programaban. Su techo si mal no recuerdo, estaba recubierto de paja y estaba conformada por una sala de amplia extensión, con tarima para la presentación de artistas y en la parte baja, una batería de baños, necesaria para cumplir con los requisitos exigidos para tales casos.

Cuando ya los primeros albores del modernismo empezaron a filtrarse a través de los escasos televisores en blanco y negro que aparecieron en escena, entonces fuimos conociendo un poco más sobre el mundo exterior, aquel que sobrepasaba los límites de nuestra provincia. Entendimos y conocimos de primera mano los avances de la cultura en todos sus aspectos y fue desde ese conocimiento que un puñado de soñadores pensó en la importancia de crear para nuestro municipio, un evento cultural que nos permitiera tanto a campesinos como a ciudadanos, abstraernos de la brega diaria, especialmente cuando la “siembra” de nuestra cebolla no era finalmente benigna con todo el esfuerzo económico y físico invertido durante los tres meses de expectativas y sueños. Fue así como en una noche de luna radiante playera y algunas espirituosas copas, nació “EL FESTIVAL DE LA CEBOLLA”. El primer festival se celebró del 21 al 25 de septiembre de 1973; la Junta Organizadora estaba conformada por los Señores Emiro Arévalo Claro, Nelson Pacheco Claro, Obed Helí Claro Velásquez, Ángel Tarazona, Jesús Emiro Claro Velásquez y las señoras Aura Elsa Claro de Arévalo y Yolima Claro Torrado. Valga la pena aquí, expresar nuestra gratitud eterna para con un personaje que durante muchos años, fue alma y nervio no solamente del Festival, sino de muchos otros acontecimientos que marcaron un hito en nuestra historia municipal, el poeta EMIRO ANTONIO ARÉVALO CLARO, hombre probo y culto, proveniente de una de las familias de más acendrado espíritu cristiano, hermano de los Frailes Dominicos, Octaviano e Ismael, primo a la vez de los también Dominicos, Fray Campo Elías y Fray Domingo de Guzmán Claro Carrascal. El evento permitió a propios y a extraños desde 1973 hasta 1982, disfrutar de la alegría y el esparcimiento necesarios para posicionarnos tanto regional como departamentalmente, como uno de los pueblos más sanos, bellos y tranquilos, adjetivos que han trascendido hasta la fecha de hoy.

Las celebraciones del Festival de la Cebolla se cumplían a cabalidad durante cuatro días de incesantes festejos, dentro de los que se incluía el infaltable reinado de belleza, el cual recibía la presencia de la mujer playera, proveniente de las diferentes colonias asentadas en Bogotá, Cúcuta y Ocaña principalmente, sin faltar por obvias razones, la representante local, en la mayoría de los casos, estudiante del Colegio Fray José María Arévalo, cuna de cultura y por supuesto, cantera inagotable de hermosura y donaire. En los primeros festivales fue costumbre realizar un encierro en la Calle del Medio, donde de manera espontánea y atrevida algún espectador animado por los efectos del “tapetusa”, saltaba al ruedo, tratando de sortear las embestidas del novillo, terminando en la mayoría de los casos, “revolcado” y maltratado por la furia del astado.

Las galas del festivaleras acogían por igual a ricos y a pobres, a jóvenes y viejos, a propios y a extranjeros. La camaradería y la cordialidad de la gente era digna de encomio y se comentaba por toda la provincia, la seguridad y la pomposidad con que nuestro terruño amado programaba la conmemoración anual de su producto insignia y para demostrarlo se efectuaban concursos de distinta índole, con énfasis en buscar la cebolla más grande, la más roja, la más sana, tarea que cumplían gustosos los cultivadores, preparándose con anticipación para llegar con sus mejores productos al certamen. Uno de los actos centrales lo constituía el desfile de carrozas, el cual estaba compuesto en su estructura, por un vehículo sobre el cual se montaba la escena que cada comitiva quería mostrar al público asistente; en la mayoría de los casos eran temas relacionados con el cultivo ancestral de la cebolla o con personajes típicos de la comarca, los cuales acaparaban la atención, sobre todo de los visitantes que se arremolinaban a los largo y ancho de las angostas calles para admirar y aplaudir el majestuoso espectáculo. Cabe anotar aquí, que era tanta la afluencia de visitantes, que las callejuelas del pueblo no bastaban para atender la inmensa cantidad de vehículos provenientes de otras partes y tocaba recurrir al préstamo de lotes aledaños, para darle una mejor organización al evento. Existe una anécdota que retrata con exactitud lo sanos que eran aquellos tiempos, propicios para la parranda sana y la diversión racional: Un famoso personaje de la ciudad de Ocaña, de ascendencia playera para más señas, artista integral y hasta alcalde de la ciudad de los Caro, llegó de incógnito una noche de aquellas en que la orquesta de turno era La Gran Banda de Bucaramanga, una agrupación que llegaría a ser una de las mejores a nivel nacional y en medio de la rumba, el baile y el licor consumido a raudales, nuestro visitante acosado por el cansancio y el sueño, no encontró lugar más propicio para dormir que el sardinel de la “callejuela de Sayo”. Al día siguiente y con el “guayabo” en toda su potencia, gracias al ardiente solecito playero, el foráneo parrandero se dirigió hacia el parque principal y sin pensarlo dos veces entró a la

tienda de Don Manuel Antonio Claro, quien sin dudar lo reconoció inmediatamente. Luego del consabido saludo y abrazo, el hombre le comentó en tono jocos: "Paisano: Es la única parte de Colombia donde uno se duerme en la calle con un reloj MIDO en la muñeca, un lazo de oro con cristo incluido, en el cuello y una billetera con dinero y se levanta como si lo hubiese hecho en casa, ¡bendito sea el Dios de La Playa"... y se fué despachando un trago doble de Aguardiente Extra, que para esas épocas era producto insignia de nuestro departamento. ...Cada año La Playa de Belén se distiguiría a nivel provincial por traer desde las ciudades de Bucaramanga y Cúcuta, las mejores y más sonadas orquestas para animar sus fiestas, lo que animaba a los ocañeros, abreguenses, carmelitanos, convencionistas y todas las poblaciones aledañas, a guardar sus ahorros e invertirlos en los meses de octubre en asistir con alegría y expectativa, los personajes y grupos que se variaban año tras año. De grata recordación están entre otras, "la Gran Banda de Bucaramanga", actualmente convertida en "REY AND REY"; Los Master's de Colombia", "Agrupación Los Blackson". La agrupación de Abelito Fuentes Rudas, primo hermano del compositor Ismael Rudas quien vivió muchos años en la ciudad de Ocaña, en donde cuentan que se inspiró para muchas de sus canciones vallenatas, entre ellas "El viejo Baúl uno de sus más grandes éxitos; guardo de Abelito, un recuerdo muy especial en mi corazón, pues fue uno de los artistas en quien caló muy dentro de su alma, la imagen de nuestro pueblo y de su gente, pues además de sus dotes artística, tenía un don de gentes incomparable. De él también conservo una anécdota acaecida en uno de aquellos festivales, quizás por el año de 1975. Invitado ese año en representación de la música vallenata, por parte de Lisandro Claro Torrado, El Pariente, tuve la oportunidad de conocerlo y admirarlo en su ejecución del acordeón y de su bien timbrada voz.. Al terminar la presentación seguimos la tertulia dentro de "La Arenosa", con el artista. El hombre le había puesto el ojo a una jovencita muy agraciada y hermosa de nombre Alba García, hija de Toño García (q.e.p.d). Tipo 4:30 de la mañana, me preguntó si yo sabía en donde residía la muchacha y si podía acompañarlo a ponerle serenata; yo sin dudarle le dije que sí, busqué mi guitarra y nos fuimos rumbo a "Cantarillas", sitio en donde vivía la señorita García. Para llegar debíamos caminar por un playoncito, el cual se encontraba crecido debido a las intensas lluvias de esa noche, así que remangados hasta la rodilla, emprendimos camino hasta llegar al lugar donde sin ningún contratiempo y al son de guitarra y acordeón, entonó con su bien timbrada voz: "Alcé la tapa del viejo baúl, gotas de lágrimas allí dejé. Cerré mi mano y en ella empuñé, un papel blanco manchado de azul..." y no podía faltar la representación del arte musical ocañero, con "La Unidad Latina", de Mario Restrepo, artista y empresario vigente aún en la

actualidad. Vinieron también a nuestra tierra, artistas y folcloristas como El Indio Rómulo, el baladista cucuteño, Jesús David Quintana denominado El Motilón de Oro y El Flaco Agudelo, humorista estrella del programa Sábados Felices (q.e.p.d).

Nota importante para destacar era la acuciosa intervención en cada Festival de la Cebolla por parte de las distintas colonias, especialmente las de Cúcuta, Bogotá y Ocaña, las cuales sobresalían y se esmeraban por trabajar incansablemente durante el año, por reunir los fondos necesarios para traer cada vez algo novedoso y brindar los regalos para que los niños del poblado también fueran incluidos y disfrutaran a su manera del regocijo popular. La colonia de Bogotá tuvo tanta transcendencia en el historial que nos ocupa, que bajo la batuta del Dr. Guido Pérez Arévalo, llegó a tener su propio periódico, "Noticias Playeras", el cual se convirtió en un órgano de comunicación permanente entre los paisanos alejados del terruño y vocero de sus hijos importantes en la Capital de la República. A esta querida colonia también se debe la creación de la Biblioteca Pública, hoy denominada Biblioteca Pública Municipal Francisco Arévalo Claro. A la Colonia de playeros residentes en Cúcuta, también debemos la alegría desbordante, la disposición de ánimo y sus ayudas tan necesarias en aquellos tiempos de difícil transcurrir entre los paisanos. Hubo personajes de singular relevancia que mantuvieron con vida el espíritu de la "playeridad", entre ellos Tarcisio Claro Peñaranda y su esposa Doña Yolima Sánchez, Alirio Claro Ojeda y su esposa Lola y desde ese entonces hasta nuestros días, el amigo benefactor y compañero de siempre Juan Hernando García y su esposa Doris Claro Ojeda, siempre listos con su cariño espontáneo y su versatilidad, en el apoyo a los distintos eventos de ayer, de hoy y de siempre.

Desde aquellas venturosas épocas de festival "La Arenosa" sufrió varias transformaciones: su techo de paja se cambió por una estructura de madera más moderna y más acorde a la arquitectura del pueblo y su nombre y razón social se convirtieron en el "Parador Turístico Martha Mónica", como un justo homenaje a las dos hermosas playeras que representaron a nuestro departamento en el Reinado Nacional de la Belleza de Cartagena, Martha Eugenia Arévalo y Mónica Carrascal Pacheco, en los años de 1983 y 1986, respectivamente. Finalmente y mediante Acuerdo No. 013 del 24 de agosto de 2000, el Honorable Concejo Municipal, atendiendo la propuesta del Alcalde en funciones, Said Enrique Pérez Ovallos aprobó la creación de la Casa de Cultura, ante la cual giran todos los proyectos relacionados con la cultura y que propenden por la formación de la juventud, en temas relacionados con expresiones artísticas tales como: música, artes escénicas (danza y teatro), artes plásticas y visuales, coros y literatura, cumpliendo así con la

noble misión de preparar nuestra niñez y juventud, para enfrentar los retos de un mundo nuevo lleno de grandes perspectivas, para que no se repita la crítica y cíclica situación de aquellos tiempos que nos tocó vivir, en que para lograr nuestros sueños, teníamos que emigrar de nuestro hermoso solar nativo y exponernos a exilios voluntarios, pretendiendo lograr lo que aquí no podíamos obtener.

Termino esta pequeña remembranza con un sin fin de sentimientos vinculados al recuerdo que despierta en mí, tantas, tantas emociones... Lugares de la infancia y de la primera juventud que vuelvo a visitar, desde mi exilio, con una sensibilidad casi exacerbada, que a mí mismo me sorprende, y que por medio de la emocionada evocación y de la sublimación de los afectos primeros, se transfiguran hasta convertirse en lugares mágicos, particularmente sugestivos; y, algunas veces, en escenarios encantados de un fantástico cuento de hadas: es que mi recuerdo es un recuerdo de amor; es el canto de una nostalgia impregnada del aroma evocador del pasado; y al mismo tiempo, de un melancólico deseo del regreso.

Es el recuerdo de mi tierra, de mi gente, el que reencuentro en este eterno fluir del tiempo que, cruel e insensiblemente, se lleva consigo cosas y personas. Sí.... personas. ¡Qué triste es recordar a los que han muerto; a los seres queridos que tanto amé y a los que tanto me amaron! Oír aquí dentro de mí mismo sus voces: voces, algunas, graves y pacientes; otras, festivas y risueñas: las voces de aquellos que han dejado su huella vivificante en el baúl de los recuerdos de mi alma, hasta llegar a ser parte integral de mí mismo.

JESÚS ALONSO VELÁSQUEZ CLARO (“nano”)

Girón (Santander, Octubre 6 de 2018)